

PICARDIAS



el baile
caribe



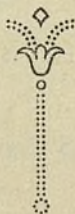
50
CTS

EL BAILE CARIBE

PICARDIAS

5

EL BAILE CARIBE



PRENSA MODERNA

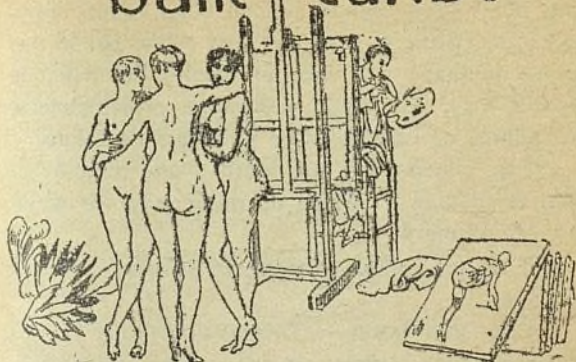
Larra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID

El baile caribe



LAS TRES GRACIAS

Dinos, Jason, ¿qué son los caribes? ¿Cómo se visten esos pájaros raros? ¿Y cómo podremos ir vestidas al próximo baile de Quat'Z'Arts?

La bella muchacha desnuda que así se explicaba, se hallaba posando con dos de sus amigas, modelos como ella, ante el pintor Jason, para un grupo de «Las tres gracias», en un vasto taller del bulevar Montparnasse.

—Los caribes, querida Susu—respondió el joven artista sin dejar el trabajo—, habitaban las islas del Nuevo Mundo cuando llegó Colón. Estaban poco vestidos, y es por esta razón por lo que se ha inclinado por ellos el comité del baile de Quat'Z'Arts. Sus trajes consistían principalmente en collares de conchas y en plumas multicolores...

—Las plumas son mi fuerte—interrumpió Títine, la castaña—. Antes de pasar para los pintores, era plumera.

—Y tú una gallina—respondió Suzette, conocida por Susu.

—Paz—dijo Jason—. Dejádme terminar la descripción de los caribes, ya que a ellos está dedicado el próximo baile. Estaban armados con arcos y flechas. Adoraban al fuego y a la Gran Serpiente. Y, como ya ha llegado la hora de descanso, y como los cuatro tenemos que figurar en el cortejo, vamos a tratar de nuestros futuros trajes. Voy a trazar al carboncillo unas siluetas más o menos caribes, y así tendréis donde elegir.

Las tres modelos, desnudas como se hallaban, hicieron corro alrededor del artista, que ya trazaba sobre la hoja blanca un guerrero tocado con plumas.

Susu se había asomado sobre su hombro.

Era una rubia bien plantada, con la piel amarillina, los ojos perversos y los labios carnosos, siempre en movimiento, porque la chica se pasaba

el día chupando bombones. Sus senos pesados, de puntos divergentes, evocaban los melocotones maduros.

Mientras los apoyaba familiarmente sobre el hombro de Jason, con el fin de ver mejor los croquis, echaba hacia atrás la grupa y recogía un vientre casi inexistente en estado de reposo.

La otra era la trigueña Titine, llamada Titi.

Su cuerpo, de una inverosímil blancura, sobre el cual cantaban las notas de cobre rojo de su pelo, parecía un adolescente. Sus senos, siguiendo la moda, habían sido reducidos a la más mínima expresión. Titi era de carácter agrio y un tanto envidiosa.

Se diferenciaba, desde cualquier punto de vista, de Therese (llamada Thethé), la tercer gracia.

Esta esbelta y morena criatura, de epidermis olivácea, tenía unos largos ojos húmedos, labios naturalmente rojos, y sus bucles recordaban el astracán: así eran de regulares y de uniformemente rizados.

Buena muchacha, siempre dispuesta a rendir servicio y a favorecer los amores de los demás, era de una naturaleza cándida; se le podían contar las peores historias. Todo lo digería con candidez y con sinceridad.

—Eres tú—le dijo Jason—quien mejor evoca el tipo caribe. Harás de sacerdotisa del gran Calumet, y te convendrá tener como atributo una pipa de car-

tón de tamaño respetable. Una diadema de plátanos en la cabeza y un cinturón del mismo fruto. Eso es todo lo que te va a hacer falta.

—Me pongo una bata y las pantuflas—respondió Thethé—y voy a comprar un régimen de plátanos al tendero de la esquina para ensayar el traje. ¿Tienes algo que mandarme?

—Sí—dijo Jason sacando su bolsa—. Nos hace falta un cordón fuerte y plumas de gallo, que te dará mi tendero, en tanto nos las proporcionamos mejores, pues las plumas van a jugar un papel importante en el gran desfile.

Thethé salió sin cerrar completamente la puerta, de manera que no tuviese que llamar cuando regresara.

—Tú—dijo Jason dirigiéndose a Titi, la triguera—serás sacerdotisa del fuego, con plumas rojas y cabellera incandescente; y tú, Susu, serás encantadora de serpientes y tragadora de sables o, mejor dicho, de «jabalinas», para no cometer anacronismos. En consecuencia, habrá que proporcionarte una flauta como atributo principal, y adornarte la cabeza y la cintura con plumas de todos los colores. Tú, que has pertenecido al oficio, procura proporcionárnoslas de la mejor calidad. Quiero que todo salga bien, y las cosas mal talladas no las miraría nadie con gusto.

—¡Mal talladas!—interrumpió Susu indignada—. Entonces tú no me has mirado bien. Yo

me encargo de buscar lo mejor que haya. Pero tú, ¿cómo te vas a vestir? Y, además, ¿por qué no te pruebas también el traje?

—Será de lo mejor—dijo el artista—. Representaré un guerrero caníbal, con la cabeza ornada de plumas de loro, el cuerpo pintado con los colores de guerra y una hoja de viña americana en cartón dorado.

—Está bien—dijo Susu—. Yo me encargo de cortarte el traje. Ponte al natural y Titi te pintará los tatuajes.

El artista no tuvo que hacer más que despojarse de su pijama; pero el traje que le cortó Susu, al probarlo, se vió que le estaba corto.

—No tienes buen ojo—le reprochó Jason—. Pásame las tijeras y lo que queda de cartón dorado, y rompe ese traje tan mezquino que me acabas de fabricar.

Susu, vejada, obedeció, y Jason se puso a confeccionar su vestido de caribe. Estaba de espaldas a la puerta de entrada, que Thethé, al salir, había dejado entreabierta. Preocupado con su trabajo, no se dió cuenta de que la puerta se abría.

Una elegante joven la acababa de empujar. Tenía un rostro rosado, rodeado de cabellos de oro.

Era miss Maud Zobec, la propia sobrina de W K. Blackmare, el rey de los puercos salados. Aquella jovencita llegaba, seguida a corta distan-

cia por su tío, para encargarse su propio retrato a Jason.

—¡ Oh ! ¡ *Shocking!* —gritó enrojeciendo violentamente.

Vuelto a la realidad por aquella exclamación, Jason tuvo la presencia de ánimo suficiente para coger un cortinón en el cual tuvo tiempo suficiente para embutirse antes de que el rey de los puercos salados se presentara en la pieza.

LA VISITA DE UN MECENAS

Pasado el primer momento de emoción, la encantadora miss Maud se rehizo.

Con un acento inglés de lo más regocijante presentó a su tío y se presentó ella misma.

Después explicó el fin de su visita y preguntó a Jason si estaba dispuesto a hacer su retrato, a lo que inmediatamente consintió el artista. Era la primera vez que el rey de los puercos salados penetraba en un taller de Montparnasse.

La vista de Titi y de Susu, que continuaban desnudas, como modelos profesionales que eran, pareció interesarle vivamente.

Cuando Thethé entró y dejó sobre la mesa los accesorios que había ido a comprar, interrumpió a su sobrina para decir a Jason :

— ¡ Oh ! ¿ Qué cuadro es el que pinta con estas señoritas ? ... ¡ Oh ! . . « Las tres Gracias » ... Sí, muy bonito. Yo compraré el cuadro para cuando esté

terminado... Continúe. Haga posar a las damas... No quiero interrumpir su tarea.

Las tres gracias volvieron a posar, bajo la mirada satisfecha del rey de los puercos salados. Las formas de Susu parecían impresionarle principalmente.

En tanto, miss Maud y Jason acababan de convenir definitivamente el día y la hora de la primera sesión para el retrato pedido; pero el americano no parecía tener la menor prisa por marcharse, y continuaba devorando con los ojos a la bella Susu.

Buscando un pretexto para continuar en el taller, preguntó a qué estaban destinados los accesorios que Thethé acababa de llevar.

La maliciosa Titi respondió:

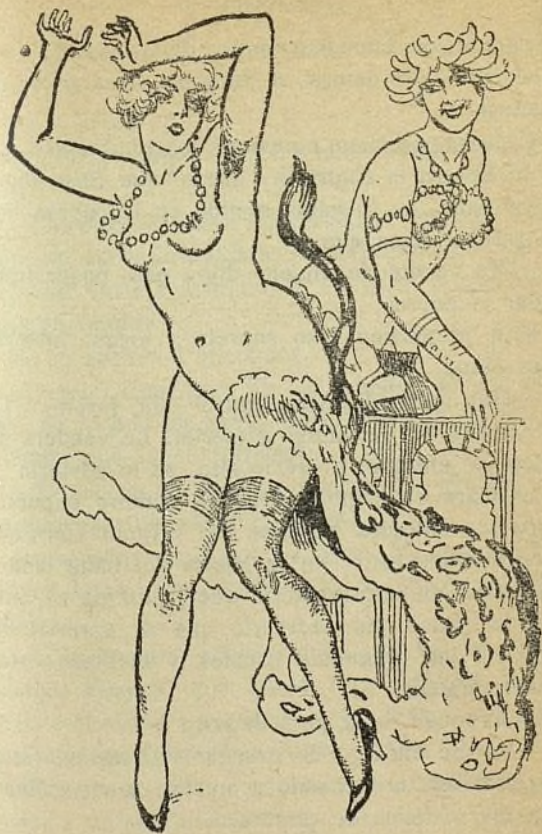
—Es para un baile de trajes al que no son admitidos más que los parisinos de la alta sociedad.

—¡Oh!—interrumpió el americano—. ¿Y miss Susu irá?...

—Sí, y yo también, y Thethé, y el señor Jason—respondió la trigüeña de la piel blanca.

—¡Vaya!—dijo entonces mister Blackmare—. Yo quisiera ir también con mi sobrina.

—La cosa ofrece ciertas dificultades—explicó el pintor—. Para ser admitido en ese baile, que se llama el Baile de Quat'Z'Arts, hace falta que los hombres justifiquen que forman parte de un taller de pintura, escultura, grabado o arquitectura. Todos los profanos son mirados como intrusos



La piel de jaguar cayó al suelo, y miss Maud quedó completamente desnuda.

y eliminados inmediatamente. Esta exclusión no concierne a las damas. A éstas las dejan pasar sin examen.

El norteamericano no estaba acostumbrado a que se le llevara la contraria; puesto que Susu iba a aquel baile, se le había metido en la cabeza que él también tenía que ir.

—Me vestiré de mujer—dijo—para poder franquear la puerta.

Esta pretensión hizo sonreír a todos, incluida miss Maud.

—Hay un medio más seguro—dijo Jason—. Le recomendaré a mi amigo Meterlot. Le venderá un billete de entrada, a precio alto, se lo advierto, y le enrolará en seguida bajo un nombre supuesto entre los antiguos alumnos del difunto Cornson. Escuche bien esto: en la puerta del baile tendrá que sufrir un interrogatorio que justifique su calidad de pintor. Es necesario que se aprenda de memoria las preguntas usuales y las respuestas acostumbradas.

Interrumpió Susu para decir:

—Yo me encargo de enseñar el cuestionario a míster Blackmare cuando acompañe a miss Maud para las sesiones de pintura.

La chica se había dado cuenta del efecto que acababa de producir en el rey de los puercos salados, y buscaba la manera de aprovecharse de la situación.

— El americano aceptó la oferta con una satisfacción visible.

Maud preguntó :

—¿Yo no tengo que aprender ningún cuestionario?

—Las mujeres están dispensadas—dijo Jason—; pero me permito indicarle respetuosamente que el baile de Quat'Z'Arts no es un baile propio para hijas de familia...

No se atrevió a continuar.

La joven americana de los cabellos de oro acababa de fruncir las cejas. Lo mismo que su tío, no toleraba que la contrariasen.

—Donde va mi tío voy yo también—declaró con un tono que no admitía réplica.

Jason juzgó que, por su parte, ya había dicho lo suficiente para dejar a salvo su responsabilidad.

—Ciertamente, sobrina mía—dijo el rey de los puercos salados, que estaba muy lejos de sospechar la clase de aquiescencia que acababa de otorgar a las palabras de la rubia Maud.

Y con esto, tío y sobrina se despidieron del pintor y de sus modelos.

—En verdad—dijo Titi cuando los americanos se hubieron marchado—que se puede asegurar que Susu le ha causado muy buen efecto al rey de los cerdos...

—Perdón, de los puercos salados—rectificó Susu.

Hubo cierta frialdad entre ellas.

Cuando terminó la pose, Titi se fué por su lado, sin esperar a sus compañeras, aunque las tres vivían en Passy.

Thethé y Susu se fueron a la calle de la Pompe, donde tenían sus habitaciones.

N
E
par
ter
hab
Joe
I
ños
«
gue
es
C
tío
qui
ide
pro

MAQUINACIONES SOMBRÍAS

Miss Maud Zobec tenía en París un primo que estudiaba pintura en calidad de aficionado.

Era el joven Jim Joe un chico que no servía para nada—según declaración terminante de mister Blackmare—, que hacía la corte a Maud. Esta había rechazado secamente sus amabilidades, pero Joe no se daba por vencido.

La dote de su rica prima llenaba todos sus sueños :

«Será necesario buscar un método que la obligue a casarse conmigo, se decía. Lo importante es encontrar ese medio.»

Cuando supo que la jovencita iba a ir con su tío al próximo baile de Quat'Z'Arts, una idea maquiavélica comenzó a germinar en su espíritu, una idea que no tardó en tomar cuerpo. Formó el proyecto de asistir al baile caribe. La cosa le era

fácil como alumno de pintura que era en la Academia Damián.

Poniéndose de acuerdo con algunos amigos, se entregaría a una práctica corriente en el Quat'Z' Arts, consistente en rodear a la joven al tradicional grito de :

—¡ Desnuda ! ; Desnuda !

Siempre con la ayuda de sus camaradas, la despojaría de los vestidos para llevarla entre todos en alto, entregándose con ella a un masaje intensivo. Ahogarían los gritos de la víctima, la ahogarían en champán y la meterían en una danza desbocada hasta más allá de las prácticas del decoro, o, sin llevar las cosas hasta el fin, él se encargaría de comprometerla personalmente, haciendo que en el momento preciso un cómplice sacara al magnesio una fotografía de la escena.

Luego, todo terminaría en boda, si él sabía aprovecharse inteligentemente del clisé obtenido por aquellos medios.

Mientras este repugnante joven rumiaba sus maléficos propósitos, miss Maud iba a posar con toda regularidad a casa de Jason, acompañada siempre por su tío.

Desde que llegaban, el rey de los puercos salados se apresuraba a ir a ensayar con Susu en un rincón del taller el cuestionario del que dependía su admisión en el baile de Quat'Z'Arts.

La avisada personilla de Susu tenía buen cui-

dado de encontrarse siempre en traje de modelo académica para mejor interesar a su alumno.

Así, con todos sus encantos bien al exterior, preguntaba :

—¿Qué es una tela de six?

Y el americano respondía dócilmente :

—Una tela de esquis.

—¿A qué se llama la Melpómene?—repetía Susu.

—A una sala de la escuela...

Después le conducía a la biblioteca con el pretexto de documentarle bien. Cuando se quedaban solos Maud y el joven pintor se resbalaban insensiblemente hacia un agradable flirt. Charlaban algunas veces sobre el baile caribe, y la joven le pedía consejo sobre su próximo disfraz.

—Thethé va a venir en seguida a ensayar el suyo—dijo un día Jason, poco antes de terminar el retrato que había pintado con entusiasmo—. Nada le impide, cuando la modelo haya venido, seguirla hasta detrás de ese biombo y, ayudada por ella, ensayar el vestido que la propongo : es decir, esta piel de jaguar que un primo mío me trajo de la Guayana.

—Pero ¿me voy a poner eso encima? Después de todo sería original, aunque...

Cuando llegó Thethé consintió en seguirla hasta detrás del biombo. Thethé hizo comprender a Maud que la piel del jaguar se la debía poner

sobre su propia piel, y que para esto no le quedaba más recurso que desnudarse por completo. La norteamericana se desnudó y se cubrió con el jaguar. Cuando la cosa estuvo hecha, ambas muchachas llamaron a Jason para que juzgara del efecto; el pintor no ocultó su calurosa admiración.

—Está usted hecha una encantadora caribe —afirmó—. Pero si quiere aceptar mi consejo, la pata del jaguar debe quedar sujeta bajo el brazo y no por encima, a fin de dejar libre el hombro. ¿Me permite usted?

En su precipitación por colocar a su gusto la pata de la fiera se clavó en el índice un alfiler y sangró abundantemente.

—¡Oh!—exclamó la bellísima americana, palideciendo—. No puedo ver correr la sangre. Permítame que emplee un remedio...

Y para detener la ligera hemorragia se puso a chupar el dedo herido hasta que la sangre se contuvo.

Este acto tan trivial y tan espontáneo produjo en Jason un efecto extraordinario. Quedó súbitamente enamorado de miss Maud, y este sentimiento llegó al paroxismo cuando la joven yanqui...

La piel de jaguar no estaba sujeta más que por el alfiler que Jason se acababa de clavar; el azar maligno, ayudado tal vez por la complacencia de

Thethé, quiso que la cola de la bestia se enredase en un mueble y la piel cayó al suelo.

Miss Maud apareció durante unos instantes absolutamente desnuda. Jason tuvo tiempo de contemplar el cuerpo más maravilloso que había podido ver en toda su carrera. Los senos triunfales, senos de Venus de Médicis con los muslos de Calypso y la coloración de Corrège. La palidez nacarada de los pezones apenas traicionaba la nieve del pecho, y en la enorme blancura el toisón dorado resaltaba como una fanfarria.

Sólo las medias de seda, que era lo que había conservado para probarse el disfraz, ponían una nota moderna y discordante.

Roja de confusión, la bella americana corrió a refugiarse tras el biombo donde se encontraban sus vestidos.

Aquel rápido movimiento de retirada había permitido a Jason contemplarla de espaldas después de haberla visto de frente. Tan maravillosa y tan linda estaba de una manera como de otra.

Miss Maud, vestida ya y recuperada su pose, explicó al pintor en qué circunstancias le había enseñado el «Arbol Malva», un jefe indio, el remedio que acababa de aplicar a su dedo herido.

—Era yo muy jovencita—explicó—, y mi padre cazaba en el Wild West. Yo tomaba un baño de sol en un pequeño bosque cerca de una laguna donde había muchas anguilas. Me divertía el co-

gerlas con la mano y el ver lo pronto que se escurrían. Cogí una más gruesa que las otras; era una serpiente de cascabel, y me picó. Estaba perdida; pero entonces salió de detrás de una gran barrera vegetal un piel roja, un jefe indio, que se había ocultado para verme tomar mi baño de sol totalmente desnuda.

—¡El miserable!—masculló el pintor, mordido por los celos.

—Este piel roja era el «Arbol Malva». Con su cuchillo abrió los bordes de la herida y se puso a chupar hasta extraer el veneno.

—Es verdad—interrumpió Thethé—. Yo sé eso desde que era chiquitina; papá era cazador de víboras en Fontainebleau. El veneno de los reptiles, que es terrible cuando penetra en la piel, es inofensivo si se le saca a tiempo.

—Sí—dijo Maud—; y como aquel indio me había salvado, mi padre le recompensó regiamente.

—¿Tiene usted todavía huellas de la picadura?—preguntó Jason.

—Sí; pero está en un sitio que no puedo enseñarla a nadie.

—¿Y el indio?

—No le he vuelto a ver. Mi padre lo impidió, puesto que aquel hombre había contemplado todas mis desnudeces. Luego me enteré que estaba en París trabajando en un *music-hall*.

Jason se juró a sí mismo que un tercer hombre no gozaría de semejante espectáculo. El «Arbol Malva», y ya era demasiado.

Qué lejos estaba de suponer el negro complot que urdía Jim Joe.

ÚLTIMOS PREPARATIVOS

El día siguiente, Jason presentó en un café a míster Blackmare a Meterlot.

Meterlot confirmó al rey de los puerocos salados el que tendría que sufrir un interrogatorio, y que si no daba respuestas satisfactorias perdería al mismo tiempo el derecho a entrar en el baile y el derecho a que le reembolsasen el dinero que pagara por el billete.

—Bien—dijo el norteamericano—. El cuestionario me lo sé de memoria.

Meterlot le dirigió las preguntas más usuales, a las que el otro contestó bien.

—En cuanto a su sobrina—dijo Jason—, no será interrogada, y no pudiendo formar en el cortejo de los antiguos entrará, si le parece, conmigo, entre los alumnos del taller Florens..., al menos que no haya renunciado a la idea de asistir a ese baile.



Maud cogió la botella y, sin necesidad de vaso, empezó a beber.

—¿Por qué renunciar—dijo el americano—, si ha pagado su billete?

A pesar de sus inmensas riquezas, este hombre no gustaba de gastos inútiles, y Jason comprendió que no debía insistir. Maud iría, pues, al baile de Quat'Z'Arts. Estaba escrito. Pero él se renovó su juramento de hacer todo lo que fuera posible para que ningún hombre en el mundo la viera desnuda aquella noche. Juramento estoico de un enamorado sin esperanza. Durante este tiempo, Meterlot y mister Blackmare se daban cita para el día siguiente, a las diez de la noche, en un café donde debían reunirse los antiguos antes de formar cortejo.

—Su sobrina y usted—precisó Meterlot—no deben perder de vista que las costumbres caníbales son de rigor. Y que aquellos que no lleven el traje correspondiente serán expulsados. No olviden tampoco ni uno ni otro de llevar vasos de soldado en la cintura o en banderola. Están destinados a guardar el champán que se les distribuirá por logias y por talleres. Una última recomendación: no se le ocurra ponerse botines. Las sandalias o los pies desnudos son de rigor.

Las cosas quedaron así convenidas.

Meterlot y el americano se despidieron del pintor y se fueron cada uno por su lado.

Jason se quedó solo en el café, y pidió recado de escribir.

Quería despachar su correspondencia; pero su espíritu estaba distraído, y la pluma, errando por el papel en lugar de trazar letras, trazaba la pura silueta desnuda de la sobrina del rey de los puerocos salados tal como la había contemplado durante algunos instantes en su taller de Montparnasse.

Al mismo tiempo, el nombre de Maud Zobec, pronunciado en voz baja, no lejos de él, le hizo aguzar el oído. La conversación tenía lugar en inglés entre cuatro individuos que juzgó desde el primer golpe de vista como americanos y un indio del Far West. Eran Jim Joe y dos de sus camaradas, en compañía del «Arbol Malva» en persona.

Jim, que conocía desde hacía tiempo al indio, había ido a buscarle al *music-hall* donde daba sus representaciones y le había ofrecido veinte dólares por acompañarle al baile de Quat'Z'Arts. En su calidad de piel roja auténtico sería admitido entre los caníbales falsificados del taller Damián. El astuto Joe contaba con la fuerza hercúlea del indio para arrebatar a Maud de su caballero, o sirviendo en todo caso para sujetar a éste en caso de resistencia.

Como los cuatro cómplices estaban separados de Jason por una pared que no rebasaba la altura de un hombre, estaban lejos de sospechar que nadie les oyera. El pintor, asombrado, se enteró

así del complot que se tramaba contra su bien amada.

—Hombre prevenido vale por dos—se dijo—, y mi plan está ya trazado. No tengo más que ponerme de acuerdo con mis amigos para desbaratarles el proyecto. En cuanto miss Maud y yo hayamos atravesado el local, la conduciré directamente a la platea del taller Florens, donde estará segura; tomaremos medidas para dar un escarmiento a su primo y, sobre todo, a ese piel roja que tuvo la suerte de verla tan desnudita como yo mismo la he contemplado.

LA ENTRADA EN EL BAILE DE QUAT'Z'ARTS

Las diez de la noche.

Los cafés de los alrededores se llenaban poco a poco de caribes de los dos sexos. Unos y otros disimulaban más o menos lo extraño de sus vestidos bajo capas y abrigos heteróclitos.

Algunas mujeres no llevaban encima más que el abrigo o la colcha camera, que dejarían en el guardarropa.

Aun así, en ninguna parte se mostraba todavía la desnudez públicamente, como debía suceder a la salida. Míster Blackmare y su sobrina habían llegado en auto, ocultando a los indiscretos su disfraz de caribes bajo abrigos de pieles. El americano había depositado a Maud ante el café donde se formaba el cortejo del taller Florens, y en el que Jason esperaba a la joven. Cada café de los alrededores servía de lugar de cita a un taller diferente.

El que Meterlot había elegido para convocar a los antiguos hacía esquina en la calle más próxima a la sala. Había dos miembros del instituto vestidos de caciques. Meterlot se lo hizo observar al rey de los puercos salados.

—A partir de ahora—le dijo—debes tutear a todo el mundo y dejarte tutear igualmente. Y para empezar págame un vaso.

El americano encontraba aquello muy original; estaba un poco inquieto por la señorita Susu. ¿Habría ido? ¿Dónde se encontraría?

Se decidió a preguntárselo a Meterlot.

—A Susu—respondió éste—me parece que la he visto entrar hace un momento en el baile. Las mujeres, ya sabes que franquean sin dificultad las barreras, sobre todo si van desnudas. Entran y salen como quieren. Pero llega el momento de penetrar en coro. ¡ Los antiguos ! ¡ El desfile ! Uno por uno...

Ante una doble fila de curiosos, el grupo de los antiguos se dirigió desde el café hasta el peristilo del baile de Quat'Z'Arts.

Uno tras otro pasaban entre dos barreras, en las que estaban dos robustos miembros del comité con trajes de caribe que dirigían a los llegados pregunta tras pregunta antes de dejarles libre la entrada. Míster Blackmare oyó interrogar a los dos o tres que le precedían, y pudo constatar que él podía haber respondido también como ellos, si-

guiendo el cuestionario que le había enseñado la encantadora Susu, muy desnudita y muy graciosa, en un rincón del taller de Jason.

Pero he aquí que cuando le llegó el turno el cancerbero le hizo una de las preguntas más sencillas, es verdad, pero que no figuraba en el cuestionario.

—¿Qué es un embudo?—le preguntaron.

El rey de los puercos salados no se dejó sorprender, y respondió:

—Un embudo es un señor que habiéndose atizado varias copas empieza a ser trabajado por la bebida.

—Pues vete a atizarte tú unas cuantas a nuestra salud. Tú lo que eres es un fresco que te quieres introducir en el Quat'Z'Arts para ver mujeres en cueros... Media vuelta, y de prisa..

Y como el americano protestara violentamente, tuvieron que requerir el auxilio de los agentes de servicio para expulsarle. Mostraba su cólera en la calle, con gran diversión para los curiosos, cuando Susu, disimulando su desnudez bajo un abrigo de viaje, fué a cogerle por el brazo y procuró calmarle en estos términos:

—No se irrite, señor Blackmare. Yo me encargo de hacerle entrar dentro de una hora, cuando ya se hayan olvidado de usted. Vámonos juntos al café de la esquina. Yo le haré compañía para que no pierda la paciencia.

—¿Y mi sobrina?—preguntó con inquietud el rey de los puercos salados.

—Miss Maud acaba de entrar hace cinco minutos con los del taller Florens, acompañada del señor Jason.

El americano, para escapar a la indiscreción de los numerosos curiosos, escapó con la preciosa modelo, con rumbo al café.

Alguien los espiaba.

Era la celosa Titi. Los siguió hasta el café sin que ellos lo notaran, y allí oyó al americano pedir un cuarto reservado. Consideró, con cierta lógica, que habiendo pedido un reservado tardarían un ratito en salir.

Entró furiosa en el baile, acusando en su fuero interno a Susu de haberle quitado al rey de los puercos salados.

BATALLA

Como lo hemos oído de boca de Susu, miss Maus había franqueado fácilmente las barreras. Una vez en el largo corredor que conducía a la sala, vió a los caribes quitarse uno a uno las capas y los oropeles que se habían endosado en la calle para disimular ante los curiosos la ligereza de sus vestidos.

Algunas mujeres, si se exceptuaba su diadema de plumas, aparecían completamente desnudas, y ciertos guerreros no llevaban encima más que sus pinturas de guerra.

Ante tanta desnudez insolente como en aquella sala se congregaba, Maud enrojeció e insinuó un movimiento de retirada.

Jason, que aun conservaba puesto su abrigo, se lo impidió, diciéndole :

—Permítame, miss, que la conduzca a la platea del taller Florens, donde se encontrará usted

en toda seguridad y desde donde podrá contemplar el baile...

Miss Maud sonrió y cogió la mano que le tendía el joven. A medida que se aproximaban al bar, el ruido de la orquesta se dejaba oír más distintamente.

Jason detuvo entonces a su compañera y le dijo :

—Miss, debo prevenirle que a partir de aquí los abrigos de pieles ni los mantos no están permitidos. Se arriesga usted a que le despojen del suyo de una manera brutal. Sírvase confiármelo. Yo lo depositaré, con el mío, en la platea de los Florens, donde estaremos seguros de encontrarlos a la salida.

La americana apareció encantadora envuelta en la piel de jaguar, que hacía resaltar su epidermis nacarada de rubia bellísima. Su cabellera se adornaba con plumas multicolores un poco anacrónicas para un caribe de la época de Cristóbal Colón, porque eran plumas de avestruz. En cuanto a Jason, llevaba una diadema de plumas de loro y una hoja de parra americana, en cartón dorado; su cuerpo vigoroso estaba adornado de una discreta pintura guerrera del mejor gusto.

A pesar de esto, miss Maud pareció un poco asombrada de la simplicidad de aquel traje.

—¿Está usted seguro de que los caribes no

iban un poco más vestidos?—preguntó, abriendo sus grandes ojos, de un límpido azul.

—Si se cree lo que dicen los autores, llevaban alguna ropa menos que yo—respondió Jason.

—Miss Maud no insistió.

Ambos atravesaron el bar y penetraron en la sala. Los arquitectos habían edificado, en poco tiempo, un templo absolutamente caribe.

Jason, preocupado por la amenaza inminente de Joe y de sus cómplices, tenía prisa por dejar a la muchacha dentro de la platea. La llevó vertiginosamente hacia la escalera que conducía al refugio. Pero alguien estaba descendiendo. Fué necesario esperar a que el importuno bajara. Fué entonces cuando ante Jason, cogido de sorpresa, aparecieron Joe y sus cómplices, que rodearon a Maud a los gritos tradicionales de:

—¡En cueros! ; En cueros!

El «Arbol Malva», el robusto jefe indio, cogió a la jovencita del talle y la levantó en alto, lanzando su grito de guerra, mientras los otros la despojaban de su piel de jaguar.

Cuando se le pasó la sorpresa, Jason saltó sobre el piel roja y de un puñetazo formidable, aplicado en la mandíbula, lo puso *knock-out*.

El «Arbol Malva» cayó desvanecido.

Volviéndose entonces contra el traidor Joe, el pintor le puso inmediatamente en el mismo estado, a pesar de los comparsas que se lanzaron so-

bre él, todos a la vez. Su pintura fué borrada, y su «traje» de cartón dorado, reducido a migas.

Pero entonces se oyó un grito:

—¡Paz! ¡Paz! El piel roja está muerto.

No era verdad; pero aquel grito había salido de la garganta de la buena Thethé, que quería de esta manera crear una división favorable a Maud y a Jason. Lo logró, pues mientras todos iban a rodear al piel roja y a Joe, el pintor cogió por la mano a la americana y la llevó, toda temblorosa, en su graciosísima y completa desnudez, hacia los practicables con objeto de sustraerla a sus perseguidores.

¡Y qué bonita y qué gentil estaba aquella criatura con el traje de Eva cuando dijo!:

—¡Oh! Me ha manchado usted de sangre la mano. Es que su índice se ha abierto de nuevo. Déjeme que le aplique el remedio...

—Ocúltese usted antes—dijo el joven en voz baja—. El indio vuelve en sí. Escóndase detrás de esas rocas de cartón; yo me introduciré en el cuerpo del ciervo mejicano que las corona.

La oscuridad era profunda en aquel escondite, y los ruidos de la orquesta llegaban muy atenuados. La joven enfermera, benévola, quiso curar la herida hecha a su servicio.

El ambiente, el cosquilleo...

El pintor comprendía que aquello no podía ser...; pero el hombre no es de madera, y... como la

hoja de parra de cartón no existía... Luego, aquella mujer tan guapa, tan desnuda... Claro que Jason no hubiera pasado tan mal rato si llega a saber que aquella mujer tan guapa y tan desnuda estaba, sobre poco más o menos, en una situación parecida a la suya. Porque si el hombre no es de madera, la mujer tampoco es de cartón piedra. Y allí, tan esconditos, tan faltos de luz, y sin ropa. Que se ponga cualquier lector en el caso de él, o, mejor aun, cualquier lectora en el caso de ella...

En el momento en que la cosa se ponía al rojo vivo, la tela del decorado se movió.

Era Thethé.

—No tenéis nada que temer—dijo a los refugiados—. El «Arbol Malva» les dejará completamente tranquilos.

Los ojos de Thethé pudieron darse cuenta de que el pintor no estaba tranquilo completamente, y en seguida se dió cuenta de que el piel roja era completamente ajeno a aquella intranquilidad, cuya causa era una piel blanca y rubia, una piel que ya no se cubría con la del jaguar.

LA PLATEA DEL TALLER FLORENS

Y Thethé se explicó en estos términos.
—El piel roja no había tardado en volver en sí. Se había levantado lleno de cólera y de venganza; pero yo tuve cuidado de dirigirme al bar por una botella de aguardiente. Avancé hacia él para rogarle que fumara conmigo el calumet de la paz, como sacerdote que soy del Gran Espíritu, y beber juntos a la salud del dios indio. El quería desasirse; pero yo me arrodillé ante él, sosteniendo el calumet con una mano y extendiendo con la otra la botella de aguardiente. En una palabra: que el calumet de la paz fué fumado enteramente y de la botella de aguardiente no quedó ni una gota. Toda quedó dentro del estómago del piel roja, que a estas horas está borracho perdido y durmiendo la mona.

—Gracias, querida Thethé—dijo Jason—. ¿Y los otros?

—Joe ha vuelto en sí; pero viéndose privado de la ayuda del indio, ha ido a consolarse por sí mismo al bar. Los cómplices no tienen por qué ser más realistas que el rey, y se han ido a bailar el shimmy con las caribes de Montparnasse.

Tranquilizado el pintor con aquellas palabras, invitó a su compañera a dejar el escondite en busca de la platea del taller Florens. Antes de echar a andar, la joven se inclinó al oído de Jason y le dijo:

—Por mi causa ha perdido usted el traje durante la pelea. Sería conveniente que se pusiera otro que lo reemplazara.

Había junto al decorado un cacharro con cola y unas tijeras olvidadas por los obreros. Maud cogió las tijeras, cortó de la tela del decorado otra hoja de viña americana, y con mano delicada la colocó por sí misma donde su caballero tenía la anterior. El recogió aquella mano y la estrechó entre las suyas.

La jovencita hubiera querido ponerse la piel de jaguar. Pero Thethé le quitó toda ilusión sobre aquello. Los mantos, los abrigos, la piel, todo se lo habían llevado.

—Perderá toda la noche en buscarla inútilmente—dijo.

—¡Oh!—dijo la americana—. ¿Pero ustedes no se han fijado en que sin la piel de jaguar me encuentro toda desnuda?

Hacía falta ser ciego para no haberse apercebido de ello.

—Yo le procuraré otra en cuanto estemos en la platea—dijo el pintor—. Todo radica en llegar allí.

Llegados al pie de la escalera, el pintor hizo que Maud pasara delante de él, y la ascensión comenzó, rítmica, a los acordes de una orquesta incansable.

Como el espectáculo era cosa que merecía la pena, Jason elevó los ojos hacia Maud, y de pronto apercebó sobre el muslo derecho de la joven americana, muy cerca ya de la parte más carnosa, una cicatriz que reconoció como la huella del drama que se había desarrollado en el Far West.

Allí era donde la serpiente de cascabel había clavado su áspid envenenado. Allí donde el cuchillo había abierto una grieta, y allí, en fin, donde se habían posado los labios del piel roja para extraer el veneno mortal.

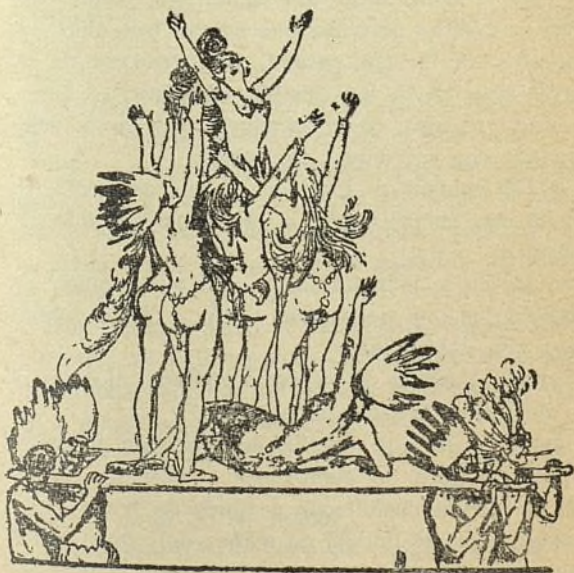
A este pensamiento, Jason sintió en el corazón la mordedura de los celos. «Allí donde el indio puso sus labios, se dijo, quiero poner yo los míos o morir.»

Lucha algunos segundos contra aquel deseo insensato; pero, por una causa desconocida, la ascensión acababa de detenerse.

Tanto peor si la suerte estaba echada.

Jason se decidió. Pero, bruscamente, Maud acababa de volverse. Llena de rubor, le dijo a Jason que descendiera.

¿Qué había pasado? Pues, sencillamente, que acababan de expulsar de la platea Florens a los indeseables de otro taller, que se habían filtrado allí, y Maud, que subía, como se sabe, enteramente desnuda, se había encontrado súbitamente



Dos veces, el gran pedestal dió la vuelta a la sala, en medio de aclamaciones unánimes.

frente a un guerrero caribe que descendía con la espalda apoyada en la escalera.

A pesar del saludo admirativo que le hizo, este encuentro la ofuscó. Se había, pues, vuelto bruscamente, y ahora, con la pierna derecha replegada y la izquierda alargada hacia los escalones, se encontraba detenida por Jason, que subía.

Rogó a su caballero que la imitara, dando también la vuelta; pero los que subían tras ellos, ignorantes de lo que pasaba, le estrujaron de tal forma que no le fué posible obedecer.

Maud y Jason se encontraron, por tanto, cogidos por dos corrientes contrarias.

—Descendamos—dijo Maud, que se había sujetado con ambas manos a la barandilla de la escalera.

A la larga, la americana logró hacer entrar en razón a los que pretendían subir, y éstos consintieron en descender.

Al fin, después de varias tentativas, el pintor y la muchacha llegaron a la platea.

Jason pidió una botella de champán y cuatro *sandwichs* para su compañera y para él. Maud, que se sentía desfallecer después de tantas emociones, cogió la botella de manos del pintor, y sin necesidad de vaso empezó a beber.

¡OLE! ¡OLE!

Estaba tan graciosa en aquella postura, echada hacia atrás, con las puntas de los senos alzadas, bebiendo, con los ojos medio cerrados, el líquido generoso, que el pintor olvidó todas las contingencias para absorberse en la muda contemplación de la soberbia actitud de una modelo tan perfecta.

Hizo mentalmente el croquis de aquellas desnudeces maravillosas, sin pensar que si la joven continuaba bebiendo de aquella forma se arriesgaba a alegrarse más de lo justo.

La botella estaba ya casi vacía cuando él se dió cuenta.

Se la quitó de las manos.

Maud sonrió. Un poco de espuma quedaba en las comisuras de los labios. La recogió con una lengua ágil, ligera y puntiaguda; después, azotándose los muslos, estalló en risa, diciendo con una voz un poco febril:

—¡ Está muy bien ! ¡ Champagne ! ¡ Ole ! ¡ Ole !
Quiero danzar... ¿ Bailamos, querido ? Pronto. Un shimmy.

—Aquí, no—protestaron los ocupantes de la platea Florens—. Id a bailar abajo.

—Vamos, querido. Vamos a bailar. Tengo en las piernas un hormiguelo...

—Piense, miss, que antes quería usted procurarse un traje.

—¡ Un traje ! No es necesario... Hace demasiado calor... Bailaré toda desnuda. ¡ Ole ! ¡ Ole !
Vamos a bailar ; vamos...

Bajo la influencia del champán, su exaltación aumentaba de minuto en minuto.

—¿ Y su vestido ?—añadió—. Lo dejaron medio borrado en la refriega. Yo le haré otro más bonito cuando volvamos del baile.

Así diciendo, cogió la hoja de viña americana y la deshizo ; después empujó a su caballero, haciéndole descender la escalera que tanto les había costado subir.

Titi, la trigueña, les vió perderse estrechamente enlazados en el turbión de los bailarines. Les seguía aún con la mirada cuando fué abordada por Jim Joe, que le dijo :

—¿ No ha visto usted a míster Blackmare ? Hace una hora que le estoy buscando. Es necesario que le advierta de la conducta escandalosa de ese pin-

torzuelo francés. Si me lo enseña usted le daré un dólar.

—¿Un dólar?—dijo Titi—. Deme usted dos, y se lo traigo aquí.

—Aquí tiene usted uno. El otro se lo entregaré cuando traiga al tío de Maud. La esperaré lo que haga falta.

—Sólo veinte minutos—respondió la envidiosa, alejándose.

Salió del baile y corrió al café, llamando a la puerta del reservado. En su interior sonaban extrañas canciones francoinglesas, que cesaron cuando ella llamó.

—¿Quién es?—preguntó una voz pastosa en la que Titi reconoció la del rey de los puercos salados.

—Una enviada de su sobrino Joe. Le llama al baile para un asunto urgente. Su sobrina está en peligro.

El americano contestó con una carcajada.

«¡Está borracho!—pensó Titi—. Cosa perdida.»

Pero Susu había abierto la puerta.

Estaba en la más simple caracterización caribe.

—¿Qué dices?—preguntó—. ¿Miss Maud está en peligro? Este está demasiado bebido para que el oírlo le emocione. ¿Qué peligro?

—Que venga y lo verá.

—Entonces ayúdame a sostenerle. Ahora no nos

dirán nada en el control. A esta hora se hallarán todos borrachos.

Estas optimistas previsiones se realizaron plenamente, y sostenido por ambas mujeres el rey de los puercos salados franqueó la entrada del baile de Quat'Z'Arts, sin darse siquiera cuenta de que estaba «embudo», según su propia expresión.

Titi, ayudada de Susu, le condujo donde le esperaba Jim Joe. Reclamó su dólar, y cuando lo tuvo los dejó solos.

El joven reprochó con vehemencia a míster Blackmare el que hubiese abandonado a su sobrina para ir a correr aventuras por su lado.

—Durante este tiempo—le dijo—se deja cosquillar por ese pintorzuelo francés, que con miras a su dote la compromete indignamente. Por ahí andan el uno junto al otro, sin llevar más prendas encima que las sandalias. Están todo el tiempo bailando juntos, y cuando se cansan forman rancho aparte bajo los practicables. Es un escándalo horrible que usted debe hacer cesar cuanto antes.

Pero el rey de los puercos salados, completamente borracho, estaba incapaz de comprender la justeza de estas observaciones y aun de articular otras palabras que no fueran las de:

—¡Aoh! ¡oh! ¡En cueros! ¡En cueros!

Llevó a Susu hacia el baile, riendo a carcaja-

das, y no pudiendo tenerse en pie sino merced al apoyo que le prestaba la muchacha.

Cuando quedó solo, Jim Joe comprendió que desde aquel punto de vista la batalla estaba perdida. Cambió sus baterías, dejando el baile. De nuevo en su casa, sustituyó los vestidos caribes por otros más modernos, y provisto de su «Kodak» se fué a un café vecino a la sala a esperar la salida del baile.

Tenía su plan.

«FLIRT»

La exaltación de Maud, bailando en los brazos de Jason, iba en aumento, gracias al champán, cuyas libaciones renovó con frecuencia en el bar, haciendo aumentar la secreta inquietud de su caballero, que, sin cesar de estrecharla contra su pecho, se hizo este nuevo juramento :

«Ya que no he podido impedir el que otros la vean desnuda, nadie que no sea yo danzará con ella esta noche, y saldrá del baile de Quat'Z'Arts tan virgen como ha entrado.»

En el turbión endiablado, ambos evolucionaban a los acordes de dos orquestas caribes. Los cuerpos desnudos se contorsionaban entre el brillar de las plumas y de los cartones dorados.

El champán corría a olas; varios caribes borrachos rodaron por el suelo.

Jason notaba, con inquietud, aquel subir del diapasón general.

El mismo había dejado de llamar miss a la soberbia muchacha que tenía enlazada y la llamaba por su nombrecito, amorosamente pronunciado.

Después de una hora de danza frenética, la condujo a un ángulo de la sala, al teatro de las encantadoras de serpientes, para procurarle algún reposo.

Por la ventana de un guñol se sucedían una a una las serpientes de amenazadoras cabezas, que se desinflaban poco a poco, apaciguadas por las encantadoras tañedoras de flauta.

La música de las orquestas se detuvo bruscamente, y Maud y Jason volvieron a la platea de los Florens.

El comité del baile de Quat'Z'Arts acababa de reunirse. El presidente, con la cabeza cubierta de plumas, hizo un signo. Uno de sus colegas que llevaba un tomahawk de cartón, de proporciones descomunales, y un portavoz colosal, embocó este último instrumento e hizo saber a todos los presentes que el comité iba a dar una vuelta por la sala para examinar las plateas y otorgar el premio a aquella que hubiera obtenido más votos.

Después, se rogaba a todos que se presentaran en el centro del baile, cara al estrado monumental, donde el sufragio universal distribuiría los premios a los vestidos más originales, a las mejores parejas y, por fin, a los más bellos modelos femeninos.

Cuando el altavoz hubo terminado de transmitir este programa, los ocupantes de las diversas plateas se ocuparon en disponer sus balcones en grupos de cuadros vivientes. El taller Florens, con voz unánime, designó a miss Maud para figurar en el centro del apoteosis que compusieron con todo el elemento femenino presente.

El altavoz no tardó en proclamar que la platea del taller Florens había obtenido el primer premio, y que lo debía, principalmente, a la bella del Toisón de Oro, que era su mejor ornamento.

Todos los del taller prorrumpieron en un ¡hurra! en honor de la joven americana, y ésta declaró que ella pagaba el champán a todos los Florens. Hizo llevar a la platea todas las provisiones de boca y todas las bebidas del bar. Durante este tiempo, la serie de concursos acababa de ser inaugurada en el estrado.

EL DESFILE

Todos los caribes tenían los ojos fijos en el estrado monumental.

Uno a uno, los concurrentes y concurrentas se presentaban. Los asistentes manifestaban su aprobación o su repulsa por medio de gritos y aplausos.

El premio al traje más original fué repartido entre Susu y Thethé ; la primera, vestida de sacerdotisa del Gran Calumet, la frente y la cintura ornadas de plátanos ingeniosamente dispuestos, y la segunda, de tañedora de flauta y encantadora de serpientes.

El premio de pareja más original fué concedido a Meterlot y a Titi, vestidos de sacerdote y sacerdotisa del fuego. Habían tenido la ingeniosa idea de adoptar por traje un cinturón de lámparas eléctricas que se iluminaban todas a la vez, mientras una de cien bujías flameaba en el centro de sus diademas de plumas.

Pero lo más importante era el concurso de modelos.

La lid, una vez abierta, cada concurrente era despojada de todo lo que pudiera llevar sobre su cuerpo y conducida por un miembro del comité hasta el estrado superior, donde la aspirante debía adoptar todas las posturas capaces de hacer resaltar la belleza de sus líneas.

Los asistentes manifestaban la divergencia de sus opiniones.

Jason, amorosamente inclinado hacia Maud en el balconcillo de la platea de los Florens, admiraba aquel encantador espectáculo. De pronto, palideció y quiso separar de allí a la bella americana. Demasiado tarde. El altavoz del comité acababa de hacer oír el deseo de la asamblea.

—El pueblo caribe—dijo—hace saber a los de la platea del taller Florens que reclama a la bella del Toisón de Oro para que tome parte en el concurso.

Con el espanto en el alma, el joven pintor tuvo que resignarse a acompañar a la jovencita hasta el pie del estrado. Allí se la quitaron de la mano para conducirla a la plataforma del concurso.

A las aclamaciones generales, le fué concedido el primer premio de desnudos. Descendió la escalera con un cortejo de guerreros pintados de rojo de la cabeza a los pies.

Jason la esperaba allá abajo.

Quiso llevarla a la platea, para ponerla al abrigo de los admiradores demasiado fogosos, pero el comité se interpuso.

—¡Alto, amigo!—le dijeron—. El premio de belleza debe figurar en el Gran Desfile. Tú recuperarás tu linda compañera después.

Una vez más el celoso debió inclinarse ante la ley del Quat'Z'Arts.

El desfile comenzó por el carro de la Gran Serpiente, sobre el cual tenían su plaza las encantadoras con Susu en triunfo

La Gran Serpiente elevaba por encima de la multitud su cabeza, que unas veces se inflaba y otras se desinflaba, lanzando una lluvia de champán sobre las carnes desnudas de las modelos que formaban parte de su cortejo.

Detrás llegaba el carro de fuego donde iban Titi, Meterlot, vestidos de lámparas eléctricas.

Después, el carro del Gran Calumet, en el que Thethé, muy bonita y muy graciosa, lucía todos sus encantos, mientras fumaba con mucha prosopeya.

Le llegaba el turno a la bella entre las bellas, a aquella cuyo cuerpo desnudo había triunfado plenamente entre el mare mágnum de tantas mujeres bonitas y bien formadas.

Pero cuando Jason vió a los guerreros pintados en rojo coral, portadores del pedestal, avanzar hacia ella para izarla, exclamó :

—Yo mismo serviré de pedestal.

Cogió a Maud por las piernas y se la subió sobre los hombros, pretendiendo caminar de aquella forma delante del armatoste en el cual las damiselas que habían conseguido los segundos y los terceros premios de belleza tenían ocupados sus lugares.

El Comité volvió a intervenir.

Era absolutamente preciso que la espléndida rubia se luciese en toda su apoteósica desnudez junto a las otras bellezas.

Por fin hubo un medio de arreglarlo todo.

—Que Jason suba también en el pedestal con la damita del Toisón de Oro sobre los hombros—declaró el presidente—. Así estará más alta que sus rivales.

LA ORGÍA

En querido! ¡Qué alto está esto!—decía Maud apretando las piernas alrededor del cuello de su caballero—. Me va a dar el vértigo. Sujétame bien para que no me caiga.

Dos veces dió el gran pedestal la vuelta a la sala, en medio de las aclamaciones unánimes.

Después todos los brazos se tendieron hacia la triunfadora, mientras que un fonógrafo colocado entre bastidores hacía oír tres salvas tiradas por las caronadas de las carabelas de Cristóbal Colón.

Jason, ocupado en mantener el ídolo humano en equilibrio, sentía vibrar todo su ser en el unísono de aquella apoteosis. Tiradas las tres salvas y dislocado el cortejo, se vió libre para conducir a Maud a la platea de los Florens.

Pero entonces era cuando la orgía final se anunciaba.

La música volvió a oírse y las parejas de bailarines a formarse.

La animación iba aumentando y el turbión humano se agitaba a los sonos de las dos orquestas alternantes. La mayoría de las mujeres estaban completamente desnudas y se formaban bandas para dar caza a aquellas que conservaban aún sobre sus cuerpos algunos oropeles.

No les quedaba más remedio que refugiarse en la platea de los antiguos, fácilmente accesible, y donde la costumbre había establecido que no se las persiguiese.

Uno de los más enrabiados era mister Blackmare, que charlaba y gesticulaba como un poseído. Susu y Thethé le habían abandonado por algún tiempo para formar parte del cortejo, pero habían vuelto a reunirse con él y le arrastraban hacia el turbión diabólico.

—Maud querida—decía Jason a su compañera—, apóyese en mí y volvamos a la platea. Sus ocupantes, borrachos perdidos, acaban de abandonarla. Allí estaremos solos.

—¡Oh darling!—suspiró la jovencita—. ¿Subir otra vez? No puedo. Hemos subido sesenta y ocho veces ya. Las he contado bien, darling.

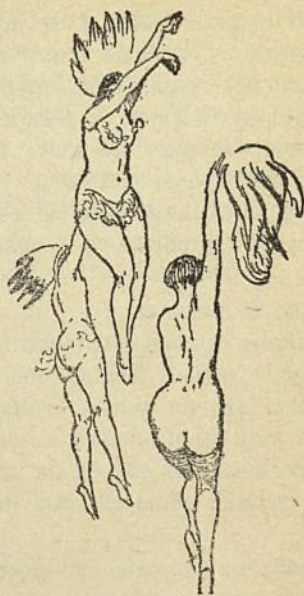
—Ha contado usted de más—dijo Jason sonriente—; pero admitamos esa cifra. Una vez más, y ésta será la buena. Allí hay provisiones de boca. Podemos descansar y tomar un bocado.

Maud acabó por dejarse convencer.

Para llegar tuvieron que saltar por encima de

los que se habían tumbado a descansar en el suelo.

Jason y Maud estaban solos en la platea, y allí



Susa y Thethé elevaron a Maud en señal de triunfo.

permanecieron, teniendo a sus pies la gran orgía, hasta el final del baile.

El joven estaba demasiado emocionado y era lo bastante honesto como para aprovecharse de la

situación. Virgen había entrado Maud en el baile de Quat'Z'Arts y virgen saldría de él.

Hablaron mucho, y Jasson, más que hablar, hizo admirar aquella hermosura que sin velos de ninguna especie tenía frente a sí por un capricho de la suerte. Queremos creer que tal vez Maud, ayudada por el ambiente, se hubiera decidido a saltar el Rubicón de su honestidad.

Poco importa, después de todo. Lo principal fué que Jason mantuvo su juramento, mientras que a su alrededor se desenvolvían las escenas de la orgía final, sobre las cuales no juzgamos necesario insistir.

Las cinco de la mañana.

Algunos ociosos estaban esperando la salida pintoresca del baile caribe. Sabían que ésta era la única vez en el año en que se podía contemplar por las calles mujeres desnudas, pasando ante los agentes que hacían como que no las veían, aunque los hombres miraran como el resto de los ciudadanos.

En la terraza de un café, un misterioso individuo, envuelto en un impermeable y calada la gorra, acechaba con un Kodak en la mano.

Una sonrisa malévola cruzó sus labios, una sonrisa de traidor de cine. Era Jim Joe.

Los primeros caribes que salían disimulaban su desnudez con papeles y cintajos cogidos al azar, y de los cuales debían despojarse al llegar a la pla-

za de la Concordia, para tomar en el agua de las fuentes monumentales el baño tradicional, disipador de la borrachera, entre las náyades y los tritones de bronce.

Después aparecieron otros grupos, vacilantes, apoyándose los unos en los otros; en seguida una sinfonía de mujeres desnudas, cogidas de la mano.

Los agentes se habían alejado para no detener aquella invasión de desnudeces sobre la vía pública, dispuestos a coger únicamente a los delinquentes que, abandonando el cortejo, pretendieran escabullirse por las calles transversales.

Jim Joe comenzaba a dar señales de impaciencia.

LA SALIDA DEL BAILE

Ni Jason, ni Maud, ni Blackmare habían aparecido aún. ¿Estarían tumbados, en los delirios de su borrachera en algún rincón de la sala, o habrían iniciado alguna salida clandestina por la comunicación que el baile tenía con el bar vecino?

Al fin se presentó una figura conocida. Era el indio Arbol Malva, que, una vez digerida su porción de aguardiente, había yuelto en sí. Estaba rodeado por los alumnos del taller Florens, que aclamaban sus biceps, y el massier acababa de inscribirle para que posase durante una semana.

Jim corrió a su encuentro y le preguntó si había visto a mïster Blackmare.

—Viene aquí detrás—le respondió sonriendo—. Borracho como una cuba.

La sonrisa fotogénica del traidor se acentuó y colocó el Kodak sobre la escena que se representaba frente a él.

El rey de los puercos salados, completamente desnudo y sostenido por Susu y Thethé, no menos divertidas que él, gritaba con el rostro congestionado.

—¡ En cueros ! ¡ En cueros !

Jim Joe sacó los clisés y obtuvo una fotografía, otra, otra, hasta seis

La otra media docena la reservaba para Jason y Maud. La pareja no tardaría en presentarse, vistiendo el mismo uniforme que Blackmare y sus dos amiguitas.

Jason cogió un taxi y y se metió en él con sus compañeras.

Joe Jim había tirado doce clisés.

Mientras el taxi se llevaba a Maud y a Jason, míster Blackmare y sus dos compañeras, en lugar de seguir con el cortejo hasta la plaza de la Concordia, se metieron en una calle lateral, donde fueron cogidos por los agentes y llevados a la comisaría por atentado al pudor en la vía pública.

En cuanto a Jason y Maud, el taxi les dejó en el bulevar Montparnasse, ante el taller del pintor.

El joven rogó al chofer que esperara los instantes que necesitara la americanita para encontrar, en el guardarropa del taller, los elementos necesarios para vestirse con decencia antes de regresar al hotel, y dos horas después la jovencita dormía profundamente en su lecho, cansada de las emociones de aquella noche extraordinaria.

EPÍLOGO

Maud no se despertó hasta la noche, en la hora en que mister Blackmare regresaba a su domicilio en la más correcta de las indumentarias.

Había arrojado en la comisaría, en varias veces, las libaciones hechas durante aquella noche de orgía. Cuando recuperó el dominio de sí mismo, notificó al comisario de Policía su personalidad. Y este funcionario tomó sobre su birrete la responsabilidad, dada la personalidad mundial del delincuente, de detener el asunto. El mismo proveyó de vestidos al rey de los puercos salados y a sus dos compañeras, con una palabrita galante para Thethé, cuyos encantos no le habían dejado indiferente.

Mister Blackmare se dirigió al hotel, se informó acerca de su sobrina, y pareció completamente tranquilizado cuando le dijeron que reposaba en su lecho desde hacía muchas horas.

Con el ánimo tranquilo se dirigió a su habitación.

Al día siguiente le anunciaron la visita de Jim Joe.

Dió orden de que lo introdujeran a su presencia, y con tono frío le preguntó qué deseaba. El inundo personaje juzgó inútil hablar. Lo que hizo fué mostrar a míster Blackmare las pruebas ampliadas de las doce instantáneas que había cogido la víspera a la salida del baile de Quat'Z'Arts.

Después dijo :

—Tengo en mi casa los clisés de las doce pruebas. Se los vendo en cincuenta mil dólares cada uno. En otro caso, inundaré con ellos la colonia americana.

El rey de los puercos salados se levantó, fué hacia Jim Joe y le aplicó sobre cada mejilla una sonora bofetada.

Luego dijo :

—Amigo mío, no recibirás ni un centavo. Puedes publicar esas fotografías donde te venga en gana. No está prohibido, que yo sepa, el ir al baile de Quat'Z'Arts con su propia mujer, y aun embriagarse un poco. Entérate, pues, del matrimonio de mi sobrina con el señor Jason, del mío con la señorita Sousette Lassious... Y entérate también del comisario de Policía con la señorita Therese Javal. Todos estos bandos van a ser publicados por el citado funcionario.

Después se frotó las manos, encantado del efecto producido, mientras Jim Joe, ocultando su vergüenza, se apresuró a desaparecer.

Fué así como Susu se convirtió en reina de los puercos salados y como Thethé se casó con el comisario de Policía. Entre las modelos de Jason solamente Titi se quedó soltera.

Cosa muy justa.

Porque con aquel asco de carácter...

* * *

—¡Oh darling!—decía Maud a su marido un mes después de estos memorables acontecimientos—. Fué en el taller donde por primera vez sentí el flechazo.

—¿Cuándo?—preguntó él.

—Antes de que te envolvieras en el cortinón—contestó ella bajando los ojos.

FIN